

ST. JOHN'S AT DIOCESAN CENTER IGLESIA EPISCOPAL DE SAN JUAN

23 E. Airy Street | Norristown PA 19401 | (610) 272-4092



PODER CONVERTIRSE EN HIJOS DE DIOS

Rvd. Andrew F. Kline

Texto del Sermón predicado La Noche Buena

25 de Diciembre, 2021

ISAÍAS 9:2-7 | SALMO 96

TITO 2:11-14 | SAN LUCAS 2:1-14

Cada niño nacido en esta tierra es un milagro. No importa quien. No importa cuando. Cada niño es un milagro.

Cada niño es un hijo del destino. Los padres y abuelos se aseguran de ello. La cultura y el contexto hacen su trabajo. Cada uno de nosotros, sino la vida es larga o es corta, tiene un trabajo que hacer, un papel que desempeñar.

Si bien todos los niños son geniales, no todos los niños comprenden su grandeza. Si bien todos los niños tienen un valor, no todos los niños crecerán para reconocerlo, crecerán para saber qué valorar y crecerán en su promesa.

Lamentablemente, no todos los niños resultan ser hijos de una promesa. Depende de la atención que estemos prestando. En el momento de la concepción. En el momento del nacimiento. En el momento de la maduración.

No todos los niños son una respuesta a una pregunta en particular. Algunos niños son simplemente hijos de la tierra, hijos de la rueda de las cosas materiales y del tiempo.

No todo niño nace en la época de Herodes, rey de los judíos. No todos los niños serán criados para creer en el único Dios Creador. De hecho, no todos los niños nacen para ser comparados con uno de los primeros hombres-dioses autoproclamados, Augusto César, rey de los romanos, rey de todos los imperios, hijo del sol, hijo de dios. Por definición, no todos los niños pueden ser el Mesías.

Si bien cada niño es un milagro, no todos los niños dominarán los corazones. Si bien cada niño tiene un destino, no todos los niños derribarán los muros divisorios entre las personas y redefinirán la paz. Si bien todos los niños tienen una promesa, no todos los niños nacen de una promesa de corregir un antiguo error, de reparar una promesa rota desde hace mucho tiempo de por qué estamos en esta tierra para empezar.

En esta noche nos regocijamos por el nacimiento de cada niño. Además, en esta noche nos regocijamos de que Dios haya elegido a este niño en particular para presentarnos nuestra salvación, para corregir los errores antiguos, para ayudarnos a deshacernos de los viejos odios.

En una noche como esta, podemos recordar que todo niño suelta su primer llanto, se acuesta sobre el vientre de su madre y abre los ojos a la pura posibilidad de la próxima respiración.

En esta noche, María ve todo esto y más. María también saluda al posadero, a los ángeles y a los pastores, el canto del cielo y el canto de la tierra, y todo lo atesora en su corazón. Ella reflexiona sobre ellos.

Reflexionar significa juntar. ¿Cómo definimos lo verdaderamente humano? ¿Cómo definimos lo divino? ¿Quién definirá al humano? ¿Quién definirá lo divino?

Uno de nuestros mejores poetas dijo: Errar es humano. Perdonar divino. Pero esta noche, porque nació este niño, podemos ver más. El cielo desciende a la tierra, como la tierra se eleva para encontrarse con el poder perfeccionador del cielo. La tierra recibe a su rey. El cielo y la naturaleza cantan.

La canción declara: La luz brilla en la oscuridad. Dibujar cerca. Tómallo dentro. Déjalo brillar por dentro. A la luz de esta gracia particular, también nosotros estamos destinados a convertirnos en hijos de la luz.

